

LAS
CARAVANAS
DE
HADRIANO

FÉLIX MACHUCA



algaida

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua
Imagen de cubierta: Artmedia / Alamy Foto de stock
Lawrence Alma-Tadema, *Vespasiano escucha a uno de sus generales de la toma de Jerusalén por Tito.*

Primera edición: 2019

© Félix Machuca, 2019
© Algaida Editores, 2019
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-123-9
Depósito legal: SE. 410-2019
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

I.	« <i>Odi et amo</i> »	11
II.	«Levantaremos un muro de océano a océano»	36
III.	Y, como Osiris, regresó a la vida desde el más allá	61
IV.	Nada que hacer aquí	85
V.	Mirando hacia Oriente	112
VI.	La casa de la Victoria de Samotracia	141
VII.	<i>Pro salute principis</i>	170
VIII.	La ley de los hombres del mar	209
IX.	El diario de la emperatriz (1 y 2)	245
X.	Un engaño mortal	254
XI.	Un matrimonio muy conveniente.	276
XII.	El diario de la emperatriz (3)	318
XIII.	El valor sentimental de las antigüedades	326
XIV.	El diario de la emperatriz (4)	360
XV.	Como la luna de las flores	369

XVI.	El diario de la emperatriz (y 5)	398
XVII.	Tres contra tres	410
XVIII.	Volver al principio	442
XIX.	Tan vulnerables ante el destino	476
XX.	El naufrago gaditano	489
EPÍLOGO. Hagamos algo grande, porque vienen tiempos pequeños		499
BIBLIOGRAFÍA		505
AGRADECIMIENTOS		507
NOTAS		509
TABLAS DE MEDIDA DE LA ANTIGUA ROMA		511

«Al fin llega la hora de su ocaso, momento que nadie podría adelantar ni atrasar. Así pues, los imperios, como los individuos, tienen una existencia, una vida determinada que les es propia; crecen, llegan a la edad de la madurez, luego comienzan a declinar...»

(Ibn Jaldún)

A ROMA SEPULTADA EN SUS RUINAS

Buscas en Roma a Roma, ¡oh peregrino!,
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y tumba de sí propio el Aventino.

Yace donde reinaba el Palatino;
y limadas del tiempo, las medallas
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades de blasón latino.

Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya, sepultura
la llora con funesto son doliente

¡Oh Roma!, en tu grandeza, en tu hermosura,
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.

Francisco de Quevedo

(Versión inspirada en un verso latino que, en el XVI,
reinterpreta Giovanni Vitali de Palermo)

CAPÍTULO I

«ODI ET AMO»

(Odio y amo)
Catulo

Mons Marianus, Sierra Morena

INTERIOR DE UNA MINA

ESTABAN A CASI CIENTO SESENTA Y NUEVE PIES* BAJO TIERRA. Habían bajado con dificultad y toda la prudencia de la que eran capaces. La mina llevaba abandonada algún tiempo y las escaleras de madera crujían lamentándose del abandono. Un paso, un mal paso, y los tres socios caerían hasta el final de aquella galería que casi alcanzaba los seiscientos setenta y dos pies de profundidad. Muy cerca del submundo donde las almas menos afortunadas penaban sus desgracias. Fue una de las mejores minas de plata de la zona, pero había sido abandonada. Los tornillos de Arquímedes empleados para bombear agua parecían inutilizados y por doquier se veían martillos, palas y grilletes abandonados. Las antorchas que portaban los esclavos que acompañaban a Cara Pescao, Scaeva (el Zurdo) y Crátero en aquella endiablada excursión al centro de la tierra

dibujaban en las paredes caprichosas y deformantes sombras. A veces los reflejos te inclinaban a pensar que estabas delante de la cara de Plutón. O la del barquero Caronte. Podía entenderse que Cara Pescao tuviera cierta aprensión. Pero ni todo el miedo del mundo iba a pararlo. Ni tan siquiera el recuerdo del chasquido de un látigo que le hiciera rememorar su pasado esclavista. Sus manos regordetas y encendidas por toda clase de anillos de oro y piedras preciosas se agarraban a las maderas de las escaleras como solo lo hacen las garras de las águilas sobre el cordero que han robado.

—¡¡¡Por Júpiter, qué es eso!!! —gritó asustado Cara Pescao.

Scaeva le quitó la antorcha a uno de los esclavos y la acercó a aquella siniestra aparición. Crátero, su leal servidor, el hombre que se encargaba de todos los asuntos domésticos y de relevancia del rico liberto, se lo explicó a su amo.

—Señor, es el esqueleto de un esclavo que trabajó en esta mina. Aún tiene sobre sus pies los grilletes que lo encadenaban. Debió de enfermar y ahí se quedó para siempre.

Cara Pescao se llevó la mano al pecho. Estaba angustiado y propuso subir de nuevo a la superficie.

—Necesito aire, aire fresco. Todo lo que había que ver aquí ya está visto. Subamos.

Fatigosamente, lo hicieron. Sin mediar palabra durante el trayecto, como si aquella visión les hubiese cortado la lengua. Scaeva pensó que las minas imperiales eran más duras e implacables que el anfiteatro. En la arena, un tajo en la garganta te aliviaba del peso de una vida infame y pordiosera. Pero trabajar en una mina era más cruel que caer en manos de las Amazonas. No más de seis meses duraban con vida los mineros condenados a trabajar duramente en las galerías subterráneas, alguno sin esperanza alguna de volver a ver la luz. La ley

era extrema para los que osaban salir de los límites estrechos donde vivían los inferiores. Llegaron a la superficie y Cara Pescao respiró profundamente.

—Dame mi vaso bien rebosante —le exigió a un esclavo.

Y se lo bebió de un trago.

—Solo confío en los médicos que recetan vino —dijo, con una sonrisa dibujada en su rostro que expresaba claramente su cambio de estado de ánimo. Luego comenzó a hacer preguntas.

—¿Por qué se cerraron estas minas? ¿Son improductivas? ¿La tierra se negó a darle más plata al Imperio?

Saeva se encogió de hombros dando a entender que no sabía nada sobre eso.

Una vez más Crátero supo estar a la altura de la curiosidad de su patrón.

—No son improductivas, mi señor. Al menos, no todas las que han cerrado. Sí son, en cambio, poco o nada rentables. Se gasta más en su explotación que en el beneficio que reportan. Por eso se han abandonado.

Cara Pescao tomó asiento sobre una roca, pensativo. Reflexivamente, dijo:

—Desde los tiempos de Nerón se viene constatando en Roma la caída en la producción de plata. Y la plata son las ruedas de ese enorme carro triunfal que es el Imperio. Hay que buscarla como sea, porque estoy seguro de que vendrán tiempos peores.

Saeva le contestó:

—Somos lo suficientemente ricos como para que la avaricia no nos atolondre, amigo.

Cara Pescao lo miró escéptico:

—Hace unos años que murió Trajano, a cuyos intereses servimos con lealtad y gran prosperidad para nuestras casas.

Con Hadriano estamos muy cerca de formar parte del círculo de béticos mejor protegidos. Fabia Hadrianilla sigue siendo nuestra mejor socia para este asunto. En cuanto a la avaricia...

Scaeva lo interrumpió.

—No me malinterpretes, patrón.

—En absoluto te malinterpreto —dijo Cara Pescao mientras se levantaba de la roca y se dirigía hasta el veterano gladiador. Cuando estuvo a la altura del Zurdo, empinándose sobre sus pies para poder alcanzar la mirada del socio, le dijo:

—¿Conoces la fábula de la avaricia?

Silencio. Callaron hasta los pájaros del campo que picoteaban las lombrices de un suelo revuelto.

—¿Y tú, Crátero, la conoces?

El griego dijo que no con la cabeza. Cara Pescao llevó sus brazos a la espalda y comenzó a hablar.

—Os la cuento. Prestad atención. Un perro robó un pedazo de carne de una cocina. Corrió a lo largo de la orilla del río. Al ver la sombra de la carne aumentada de tamaño en la corriente dejó el bocado para ir a por la que veía en el río. Acabó sin la carne real y regresó hambriento por donde había venido con un buen filete en la boca.

—Me das la razón, patrón —dijo Scaeva.

—En absoluto. Te la quito. Nosotros no somos avariciosos y jamás nos dejaríamos engañar por las sombras. Somos ambiciosos y listos. Y eso lo sabe premiar Mercurio, el más ladrón de los dioses. Solo los tontos se parecen a los perros.

—¿Entonces? —se preguntó Crátero en voz alta.

—Entonces, querido Crátero, iremos a buscar dinero allí donde Hadriano lo estimule y reparta...

COMO ESTABA ESCRITO

—A VECES, VALENTINIANO, PIENSO QUE NUESTRA VIDA EN LA Bética era menos insoportable que aquí.

—Te ruego que no me llames Valentiniano. Ni nombre dacio es Balaur y es así como quiero que me llames. Si lo deseas, puedes regresar. Allí deben de esperarte amos tan brutales como Denter. ¿Olvidaste ya cómo vivías bajo los puños y la vara de olivo de Denter?

Valentiniano y Bendis, la esclava que le compró a Denter en el mercante que los llevaba hasta Gades, hoy Cádiz, cuando el joven dacio se dirigía a Roma a buscar a su hermana, quemaban su existencia en la nueva capital dacia, Ulpia Traina Sarmizegetusa. La antigua capital, de la que salió Valentiniano como botín de guerra de Scaeva, no existía: fue arrasada por las tropas vencedoras de Trajano que, posteriormente, fundaron una nueva capital con colonos procedentes de Italia y de otras provincias imperiales. Quinientos mil hombres, mujeres y niños dacios fueron reducidos a la esclavitud. Y otros, simple y llanamente, aniquilados. Los sobrevivientes, no muchos, huyeron hacia las montañas del norte y a los bosques espesos del interior, donde maldijeron el día que vinieron al mundo con una suerte tan esquiva dibujada en la estrella de su destino. La Dacia de la que salieron esclavizados Valentiniano y Bendis ya no existía. Se había esfumado. Se la habían tragado el fuego y la guerra de los demonios romanos en un banquete abominable. En su lugar creció más Roma: otra ciudad romana con sus teatros, circos y termas. En Híspalis, años atrás, Scaeva se lo había repetido muchas veces a Valentiniano. Una

y otra vez le machacaba en su cabeza lo que su antiguo amo, el Zurdo, le decía: estamos unidos por un destino común. Nuestros pueblos han desaparecido, nuestras costumbres ya nadie las recuerda, y hasta hemos perdido los dioses y la lengua. Somos fantasmas viviendo en un mundo ajeno a nuestra historia. Los últimos de un tiempo agotado.

—Bien, Balaur. Así te llamaré si es tu deseo —le dijo Bendis para agrandar a Valentiniano—. ¿Tenemos algún plan más allá de estar todo el día encerrados en esta casa, alimentando sueños imposibles?

—¿Y tú los tienes, Bendis?

—Aún mantengo algunos sueños intactos.

—¿Me los puedes contar?

Bendis se arrimó al hogar y echó sobre un caldero que calentaba el fuego carne y verduras para hacer una sopa. De espaldas al dacio, le respondió:

—Vivir y sentir como vivimos y sentimos juntos en Roma. Hace ya casi diez años. ¿Lo recuerdas?

—Lo que recuerdo con más satisfacción de Roma son los cuellos que recorté por venganza y en honor a mi padre.

—Eso te hizo sentirte el guerrero que nunca pudiste ser. Pero estoy seguro que no te hizo más feliz. La guerra terminó hace muchos años.

—Tú no sabes lo feliz que me hizo ver a aquellos depravados con el miedo en sus ojos y las manos en la garganta intentado que la vida no se les fuera por un cuello rebanado. Me llegó a proporcionar tanto placer que empecé a tener miedo de mí mismo y a pensar...

Lo interrumpió Bendis.

—...y a pensar que la venganza es más excitante que una mujer placentera. Me lo has dicho miles de veces. Y cada vez que oigo esa frase, más triste me pongo.

—¿Por qué?

—Lo sabes bien. También te lo he explicado muchas veces. No es grato oír que la venganza supere en satisfacción al amor. Y que incluso la sangre derramada te surta más excitación que mi cuerpo. Aún soy bella. Pero el odio te ciega.

Valentiniano se levantó para servirse una copa de vino. Se encontró a su paso un perro al que dio un puntapié, y el animal salió gruñendo hacia el exterior de la casa. La puerta abierta dejaba entrar un tibio sol de verano y las voces en latín de los nuevos dueños de su viejo pueblo. Valentiniano apuró el vaso y se limpió la boca con la manga de su túnica.

—Odio a esos romanos con todas mis fuerzas. Si pudiera hacerlos desaparecer a todos bajo una lluvia de fuego y brea, lo haría.

Bendis apuntó al corazón del dacio con su pregunta:

—¿También a tu hermana?

Valentiniano la miró con cierto desdén y mucho desprecio.

—También a ella. Al fin y al cabo, es romana. Se casó con un romano y tiene hijos romanos. Ya no es mi hermana. Jamás quiso reunirse con nosotros y regresar a su viejo hogar.

Bendis enfureció.

—¿A qué hogar te refieres? ¿A qué pueblo? Nada de eso existe más allá de tus locas ensoñaciones. Tu hermana fue esclavizada siendo una niña que ni siquiera sabía hablar. Y tuvo la suerte de caer en manos de un buen hombre, de aquel centurión llamado Cornelio que la crio como si fuera la hija que nunca pudo tener con su esposa.

—¡¡Ella era dacia!!

—Ella no podía ser más que romana, querido Balaur. Y los dioses le concedieron un destino que pocos hemos podido disfrutar. Hoy es una mujer con patria, lengua, dioses e hijos. Lo tiene todo. Y ni tú ni yo, pese al dinero que ganaste como

gladiador, tenemos nada. Somos unos miserables con muchos sestercios. Pero con una vida arruinada.

El perro volvió a entrar en la casa seducido por el olor de la sopa sobre el fuego. Y nuevamente se encontró en el camino con el pie rocoso de Valentiniano. Esta vez no le gruñó, sino que le hizo frente y quiso morderlo en la pierna. Valentiniano lo esquivó, y, con un viejo bastón que tenía a mano, empezó a golpearlo. Bendis comentó con sorna:

—Que los dioses le den larga vida a ese perro, porque los palos que se lleva él me los evita a mí. Tanto odio te llevará al infierno, Valentiniano.

El joven dacio, al oír su nombre romano, levantó el bastón y fue a descargarlo sobre Bendis. Odiaba ese nombre por lo que tenía de ajeno a su mundo y porque así lo llamaron como esclavo. Se arrepintió y detuvo el garrote cerca de la cabeza de la bella dacia, que se lo reprochó:

—Cada día te pareces más a Denter...

Valentiniano arrojó el bastón a los pies de la mujer y salió a la calle. Se fue borracho de odio y rencor, enemistado con el mundo y consigo mismo. Amargado y siniestro. Montó en su caballo y salió de la ciudad buscando algo de paz en el silencio del bosque, pero seguía escuchando la voz de su hermana cuando diez años atrás lo rechazó: «No, no iré contigo. No se quién eres. Y tampoco te quiero como hermano. Soy romana y en Roma seguiré.» Desmontó y bebió agua de un arroyo fresco y sonoro. Vio su rostro reflejado en la corriente y le pareció ver la faz iracunda de Gebeleizis, el dios dacio de la guerra, del fuego y de la lluvia. El agua lo calmó. Se dejó caer sobre la hierba y fijó sus claros ojos llorosos en el cielo. Sentía cierto incordio por lo que le había hecho a Bendis. Y hasta la piedra rocosa que tenía por corazón reconoció, en la para él injustificable debilidad de un asalto sentimental, que los mejores días que vivieron juntos

fue en Roma. Allí le dio a su bella acompañante el nombre de Bendis, la diosa tracia del campo, de la magia, del amor y de la maternidad. Habían pasado los años y se encontraba solo, acompañado de quimeras y sueños imposibles. Los que forjó desde un insuperable rencor y odio a Roma.

FELICIDAD (1)

LA CASA DE VALENTINIANO EN LA NUEVA CAPITAL DE LA DACIA era romana, tan romana como podía serlo una de Pompeya, Brindisi, Córdoba o Tarragona. Igual que todas ellas. De las viejas construcciones dacias no quedaba ni el recuerdo. Paradójicamente, el techo que amparó a sus padres de la nieve y las tormentas, que les dio la sombra en verano y la calidez en los duros inviernos, había sido sustituido por el amparo constructivo de los nuevos señores de las tierras de su antigua nación. Hasta las casas hablaban y pensaban, si pudiéramos expresarlo así, en latín. La de Valentiniano no era una *domus* señorial. Esas quedaban para los colonizadores que, con el paso del tiempo, lograron ascender en su *status* gracias a las ventajas facilitadas por Roma a los nuevos ocupantes: tierras, casas, cierta comprensión financiera y... esfuerzo y trabajo propio. La Fortuna no solo te ayudaba jugando a los dados, también en partidas tan arriesgadas como la colonización de un territorio era fundamental contar con sus servicios. Hubo colonos que progresaron. Otros que se hundieron. Los que consiguieron instalarse en la terraza cómoda y confortable de las nuevas élites locales repitieron el modelo romano de sociedad. La Dacia cambiaba de manos. Y Roma imponía sus leyes.

La casa de Valentiniano gozaba de espacio, luz, pozo propio y unas letrinas situadas en un rincón de un pequeño

huerto. Sobre el dintel de la puerta de entrada un falo de piedra le garantizaba cierta inmunidad ante el mal de ojo. El falo llevaba escrito la siguiente leyenda: *Hic habitat felicitas*. «Aquí vive la felicidad». Toda una declaración de principios, retórica y falsa, como podían atestiguar desde las lágrimas clandestinas que Bendis derramaba cuando se ausentaba Valentiniano hasta el lomo del perro sobre el que un amo iracundo y atizador descargaba sus irascibles venenos personales.

Valentiniano jamás pensó vivir en una casa a la romana. Desde que salió de la capital del Imperio, tras el desastre anímico sufrido por la negativa de su hermana a regresar con él a las tierras de sus padres, su rechazo a todo lo que fuera, oliera, significara o recordara a Roma se había multiplicado por mil en sus entrañas. Odiaba a Roma como Hera a Hércules. Y no cabía en aquel mundo que detestaba pero que, igualmente, lo rodeaba, abrazaba y sumergía sin que pudiera zafarse de redes tan poderosas. Podía moverse libremente, pero seguía siendo un esclavo como en Híspalis. Era como un pájaro sin alas. O peor aún: sin un cielo donde poder volar. En la arena, cuando había peleado contra otros gladiadores, jamás se encontró con una malla tan tupida y eficaz como la que Roma había volcado sobre el mundo, reduciéndolo y doblegándolo con la fuerza de sus legiones, la penetrabilidad de sus costumbres y la imposición de una lengua que había llegado a ser tan poderosa como la griega. El pie de Roma era tan aplastante como el de Alpo, aquel ser monstruoso que habitaba en Sicilia y que alcanzaba al sol y molestaba a la luna y a las estrellas. Causaba tanto terror entre los pastores de la isla, de los que se alimentaba practicando un abominable canibalismo, que ni el dios Pan osaba tocar su siringa mientras apacentaba a sus rebaños. Dicen que cuando murió a manos de Dionisos, cayó estrepitosamente sobre el mar, levantando una ola tan descomunal que cubrió el

monte donde estaba sepultado su hermano Tifón, enfriando por un tiempo los vómitos ardientes del Etna.

Los vómitos de Valentiniano, invariablemente, seguían siendo de puro odio. Por mucha felicidad que aquel falo del dintel de la casa pudiera indicar, el mal de ojo de las Furias dormía todas las noches bajo aquel techo de tejas y maderas. Mientras observaba el fuego de la chimenea antes de que el sueño lo venciera, Valentiniano creyó ver, en alguna ocasión, el rostro de Negera, con su cara de perro, sus cabellos de serpientes y sus alas de demonio, sonriéndole mientras le soplaban el espíritu del rencor y la discordia, que le llegaban hasta lo más profundo del corazón como si fueran la confortable llama que ardía en la chimenea. Nada de lo que vivía era lo que buscó cuando salió de Hispania y, posteriormente, de Roma. ¿Existía realmente lo que añoraba o solo era ya un fantasma más de los muchos que poblaban su derrota vital?

FELICIDAD (Y 2)

NI EL AIRE OLÍA IGUAL. NI EL CIELO TENÍA LOS MATICES QUE SE llevaron sus ojos a Hispania. Ni de las casas se escapaba el olor fuerte y macerado de las carnes de caza hechas a fuego lento y sazonados con las buenas hierbas de los montes. Ni llovía como entonces. Ni algunos ídolos semidestruidos que en su infancia le parecían gigantescos ahora despertaban en su ánimo emoción alguna por sus proporciones, tan rebajadas. Ni las mujeres eran tan rubias y esbeltas como las de su niñez. Ni había músicos que interpretaran en las calles las melodías que había escuchado tanto tiempo atrás. Nada de lo que fue buscando a la tierra de sus padres se parecía al recuerdo que guardaba de ella. Valentiniano no acababa de aceptar que el pasado

siempre es una estrella fugaz tan rebelde que no consiente dejar atrapar su magia en unas manos mortales. Y menos aún, en el corazón. El pasado es una contribución de difícil pago. Un impuesto brutal que hay que pagar con monedas tan caras como los recuerdos y que suele arruinar la vida que los dioses aún te quieran proporcionar. Vivir en lo que pasó es morir en lo que está pasando, enterrarte en vida por causa de una muerte que no te toca.

Durante el largo viaje desde Roma hasta la nueva capital dacica, una viva ansiedad lo había obligado a cabalgar más de lo razonable, imprimiéndole a las jornadas más horas que las de los legionarios cuando van hacia un objetivo militar. Decían que Hadriano, el nuevo emperador, era tan exigente con sus soldados como consigo mismo: comía del mismo rancho, dormía al sereno y cabalgaba con ellos a pie las horas que marcara la ruta de la marcha. Valentiniano lo habría agotado. Al emperador y a sus legiones. Agotó hasta la muerte a dos caballos y solo el temple y la fuerza de ánimo de Bendis no sucumbieron a la obsesión de aquella marcha sobrehumana. El joven, apuesto y rubio dacio solo miraba hacia el norte y de vez en vez dejaba escapar un grito repleto de furia hacia las montañas que tendría que atravesar, que a Valentiniano le parecían murallas inexpugnables que había que conquistar para alcanzar su sueño de volver y recobrar el pasado.

—¡¡Odio eterno a Roma y larga vida a la tierra libre de mi pueblo!!

Su proclama era repetida, tras la tronante intensidad de su voz, por las paredes de los montes, que la rebotaban de pico en pico hasta hacerla languidecer a muchas millas* de distancia. Durante ese tiempo, el dacio permanecía en pie sobre los estribos del caballo, como si el eco fuera la respuesta de un ejército universal y megalítico que respondiera a su arenga.

Entonces se volvía, miraba hacia atrás y le dedicaba una satisfecha sonrisa a Bendis.

—Lo lograremos, Bendis. Algún día no lejano lo lograremos. Y ese día lo celebraremos juntos. Y beberemos para celebrar la muerte de nuestros valientes padres y la vida de los dacios que liberaremos y hoy son esclavos de todo el Imperio.

Bendis lo miraba, esbozaba una serena y medida sonrisa de aprobación y le imploraba con los ojos, sin decirle nada, una parada para descansar. Pero Valentiniano estaba en lo suyo. En ver convertidas las águilas de Roma en pollos silvestres asados al pincho que le entraba por el culo y le salía por el hueco que había dejado el cogote cercenado.

—Lo lograremos, Bendis. Lo lograremos. Y entonces levantaremos en el centro de la Dacia una columna el doble de alta que la de Trajano, llena de legionarios caídos y de cabezas romanas en manos de nuestros guerreros. Lo veremos. Algún día levantaremos esa columna, Bendis. Y la paz será conmigo para escapar del poder de Hera y de Negera.

—¿Y serás entonces feliz? —le preguntaba Bendis.

—Plenamente. Tanto como cuando mi espada vivifica su metal al beber la sangre de un romano...

PROPUGNATOR

LO ÚNICO QUE ENCONTRÓ VALENTINIANO EN SU VIAJE DE REGRESO a un paraíso perdido fue un infierno inesperado. Y en él, sobreviviendo fantasmagóricamente, almas penando su condición de esclavos o de tontos y locos, aceptados por los vencedores como se acepta a un perro callejero que agradece un trozo de pan duro tirado sobre el suelo para alimentar su triste destino. En una taberna de la nueva capital descubrió la pre-

sencia vencida, canosa y humillada de un viejo amigo de su padre. No importa ni recobrar su nombre, porque él mismo, como para olvidar el pasado que tanto le sangraba, había escogido para la nueva situación uno latino, Propugnator, el campeón. Sin duda, un sarcasmo con el que el viejo dacio sobrellevaba su destino fatal entre romanos, que hasta entonces le habían respetado la vida. Que un vencido se ría de su suerte para halagar así la de los vencedores siempre surtió el mismo efecto que el cuello que un lobo sumiso pone a disposición del macho que lidera la manada: una muestra de subordinación, aceptación e inferioridad que te convierte en un borracho o en el tonto del pueblo. Nunca suele haber sitio para los vencidos. Quizás en el fondo de una botella, en la escalinata de un templo pidiendo limosnas o sirviendo de mofa para los vencedores.

Valentiniano se encontró con Propugnator en los primeros días de su regreso, años atrás, a la nueva capital dacia, bautizada Ulpia Traiana Sarmizegetusa. Lo descubrió en el fondo tenebroso de una taberna, pero no lo reconoció. Los años y el fracaso lo habían convertido en una caricatura del bravo soldado que fuera tiempo atrás, cuando se enfrentó junto con el padre de Valentiniano a la imparable maquinaria militar de Trajano. Fue Propugnator el que avanzó hacia el joven rebelde y le preguntó en su lengua:

—¿Sabes hablarla?

A Valentiniano se le iluminó el rostro como quien descubre agua en el desierto.

—Si no se te ha olvidado a ti, ¿cómo podría olvidarla yo?

—respondió Balaur.

—Sé quién eres, no has cambiado mucho. Quizás para mejor.

—Yo, en cambio, no sé quién puedas ser tú. ¿Cómo te llamas?

El viejo vaciló. Miró a su alrededor e invitó a Valentiniano a salir de la taberna. Había demasiadas orejas romanas que podrían irritarse oyendo lo que aquel viejo iba a decirle al joven.

—Salgamos —dijo Balaur sin dejar de hablar su lengua paterna.

Fuera un confortable sol de verano invitaba a caminar por los espacios públicos de una capital que olía a nueva, a recién construida. Caminaron por sus calles sin dejar de sorprenderse de sí mismos.

—Yo fui un gran amigo de tu padre. Peleamos juntos. Y recuerdo aquel día en el que él decidió que tú ya tenías edad para ser un guerrero. El mismo día en que murió en combate y a ti te esclavizó un legionario de Roma

—Scaeva...

—¿Cómo dices?

—Un nombre que encierra una larga historia. Pero, dime, ¿tú cómo te llamas? No logro reconocerte.

—Mi nombre dacio se lo llevó la derrota. Me llamo Propugnator. Gracias a ese nombre aún sigo aquí. Me toman por loco y eso lo respetan los romanos.

Valentiniano no lograba acordarse de aquel viejo. ¿Estaría loco de verdad? Por más que lo miraba era incapaz de recordar uno solo de sus rasgos, desprender del zarzal de arrugas y manchas que tenía su rostro la piel tersa y vívida que tuviera diecisiete años atrás.

—¿Qué suerte corrió tu hermanita, Balaur?

Valentiniano lo miró entre el estupor y la sorpresa. En un imperio con casi sesenta millones de romanos, desde oriente hacia occidente, desde los grandes bosques del norte a las arenas ardientes de África, era la primera persona que lo llamaba como lo llamaron sus padres: Balaur, el dragón. ¿Quién

era aquel viejo? ¿Por qué no le revelaba su nombre dacio? Y, sobre todo, ¿cómo seguía vivo cuando la guerra desplazó a casi dos millones de compatriotas y más de quinientos mil habían sido esclavizados? ¿Qué escondía aquel viejo para haber sido capaz de sobrevivir a tanta calamidad, a tanta desgracia y a tan severo trato de los nuevos amos de la Dacia? Valentiniano guardó la calma. Selló su boca y su alma. No quería mostrar sus sentimientos hasta saber un poco más de aquel Propugnator que, realmente, había sido un campeón ganando la batalla de la supervivencia. Valentiniano le contestó, seco y brusco, a la pregunta sobre su hermana.

—No tengo hermana, Propugnator. Hace muchos años que dejé de tenerla...

¿CELOS?

—¿DE DÓNDE VIENES, BALAUR?

—De respirar y serenarme.

—Estuviste a punto de darme un estacazo. Nunca lo habías intentado.

—No lo hice, Bendis. Pero me llamaste premeditadamente con mi nombre romano, que detesto. Y luego me comparaste con Denter, tu despreciable amo en la Bética. Lo hiciste para dañar mi corazón.

Bendis calló. Y luego quiso saber algo más de su ausencia. Quizás celosa. Quizás precavida.

—Tanto tiempo en el bosque... a solas...

—Con mis recuerdos. Con esos que me asaltan como piratas a un barco para saquearlo y dejarlo a la deriva.

Bendis calló nuevamente. Intentó buscar otro camino para saber qué había hecho un hombre que siempre la había

respetado y que jamás intentó pegarle con una estaca en la cabeza.

—Nuevamente ha venido a casa Propugnator. No me gusta nada ese viejo. No comprendo cómo pudo sobrevivir a tanta calamidad.

—Es un pobre diablo. Está loco. No le prestes mucha atención.

—Le he dado de comer y le he regalado unas monedas. Espero que no te contraríe.

Balaur había extendido los brazos sobre la pared y dejó caer la cabeza. Parecía más relajado, como si los recuerdos que había rememorado en el bosque le hubiesen abierto los ojos para hacerle comprender lo que nunca quiso aceptar. La Dacia no existía. Su pueblo, diezmado y vencido, vagaba por las montañas en un afán de sobrevivir al cataclismo que Roma desencadenó sobre sus tierras, haciendas y familias. Y lo único que quedaba de todo aquello eran sus recuerdos, alimentados por el odio, y un viejo loco llamado Propugnator, al que le apaciguaba el hambre y le daba unas monedas por el placer, transido de una febril añoranza, de hablar con él en la lengua de sus padres, para reconstruir su perdido pasado. Bendis volvió a la carga.

—Ten cuidado con él. No me gusta nada. Seguro que le habrás contado cosas de tu vida en Híspalis.

—No mucho.

—Lo suficiente para sacar provecho de cualquier involuntaria indiscreción. La vanidad puede a los hombres. Estoy segura que le hablaste de tu pasado como gladiador invencible.

—Deliras, mujer.

—¿Le has contado las vidas que segaste en Roma por tu deseo de venganza?

—¿Me crees tonto, Bendis?

—¿Ni los cuatro legionarios que, en el camino hacia aquí, ahogaste y hundiste en los pantanos cerca de Venecia para alegrar tu corazón?

—A veces pienso que no sé con quién crees que compartes tu vida, mujer.

—Con el hombre al que más quiero. Y que no quisiera perder por nada en el mundo. ¿Lo puedes entender?

Balaur se giró hacia ella y la abrazó fuertemente contra su pecho. Un abrazo como hacía tiempo no le daba y que espantó de su alma la furia que desencadenaba la maldita Nege-
ra. La besó apasionadamente. Y ambos se dejaron caer sobre el suelo para amarse como dos condenados a muerte a los que les fuera concedida esa última gracia.

—¿Me amas, Balaur?

—Como nunca antes supe amar a nadie.

—¿Nunca me abandonarías por otra mujer más joven?

—Ninguna sería tan hermosa y sabia como tú.

El dacio aceleró su acometida sexual y un desgarró de placer infinito llenó de felicidad, por primera vez en mucho tiempo, aquella casa que sobre el dintel de la puerta de entrada tenía un falo con la leyenda ya sabida: Hic habitat felicitas.

PLANES

CUANDO EL GALLO CANTÓ LA EXPLOSIÓN DEL ALBA, BALAUR YA había desayunado unas gachas y sobras de la comida del día anterior. Dejó en la cama, dormitando dulcemente la resaca de una noche de amor pleno, a Bendis. Se cruzó con el perro antes de salir a la calle y le tiró un hueso de pollo para que se entretuviera. El joven no descartó ver en los ojos del perro un respingo de

asombro, una enredada controversia entre lo que su memoria guardaba del carácter agrio de su amo y aquel gesto generoso que acababa de tener. Poco después Valentiniano estaba ejercitándose en la palestra, realizando duros ejercicios físicos con pesas de plomo y piedra, que posteriormente se multiplicaron con sesiones natatorias en la piscina. Cuando finalizó dos horas de intenso ejercicio se fue a las termas. Le recordaban a las de Cara Pescao en Híspalis porque estaban limpias, esmeradamente adornadas con caballitos de mar y delfines y eran, igualmente, muy aconsejables para estar al día de lo que pasaba en la ciudad. Dos romanos hablaban entre ellos.

—Ayer una patrulla que se internó en el bosque regresó con varios dacios rebeldes. Vivían en las montañas, pero bajaron porque el hambre los acucia. El espíritu de Trajano aún los persigue...

—Pero ¿todavía existen dacios?

—Los que quedan serán borrados de la faz de la tierra.

Valentiniano puso atención a los comentarios. Se había tendido sobre una toalla de algodón egipcio y cerró los ojos, como si no le interesara nada de lo que allí se hablara. Siguieron los comentarios.

—¿Fue un encuentro casual o una cacería programada?

—Programada. Nuestros oficiales manejaban buena información.

—¿Del mismo de siempre?

Valentiniano no pudo evitar abrir los ojos como si con los ojos abiertos fuera a escuchar más y mejor.

—Del mismo de siempre. Del mismo que delató a los oficiales de Decébalos cuando Trajano entró en la capital dacia. Del mismo que ha sobrevivido desde entonces gracias a traicionar a los suyos...

—Es todo un campeón, ¿verdad?

Ambos rieron y a Balaur se le heló el rostro y el corazón lo sintió atravesado por el agudo dolor de la decepción. Una más. Una tan grande como la que vivió en Roma con su hermana y como las sucesivas que sufrió cuando volvió a la Dacia. Él mismo musitó:

—Campeón, campeón, campeón... Maldito seas, Propugnator, entre todos los hombres del mundo. Que la tortura del agua sea lo más leve que te pase en vida.

Roma castigaba con crueldad desmedida a sus delincuentes o a sus condenados. Una de las torturas más excesivas era la aludida por Balaur para acabar con Propugnator. Consistía en amarrar el cuerpo desnudo de un hombre con un alambre de espinos. Luego se procedía a taponarle la boca con paños y telas al torturado, para evitar que vomitara. Por medio de tubos conectados a la nariz se le iba introduciendo agua hasta que el abdomen se inflamaba tanto que se le clavaban los espinos del alambre. El exgladiador entró en casa con el rostro cambiado. Bendis lo esperaba con planes que exponerle, tan atractivos como ilusionantes. Lo saludó.

—Hola, amor.

Balaur no contestó. Se fue hacia la pared donde tenía colgada su espada y la sopesó en su mano con rabia y ganas de emplearla.

—¡¡¡Propugnator, Bendis, Propugnator!!! Es lo que me quedaba de la vieja Dacia y resulta que es una serpiente venenosa. ¡¡¡Un deleznable traidor!!!

SERENIDAD

—¡¡DEVUELVE ESA ESPADA A SU SITIO!! —HABLÓ IMPERATIVA Bendis—. Cuélgala de la pared y cuéntame lo que ha pasado.

—Un romano jamás permitiría que su mujer le hablara así ni que se entrometiera de tal forma en sus asuntos.

—Pero tú no eres romano, Balaur. ¿O lo eres? —Bendis hizo una pausa observando su reacción. Luego fue a lo importante:

—No discutamos eso en este momento. Habla. Dime, ¿qué ha pasado, Balaur?

—No es tiempo para hablar. Propugnator acaba en este momento de comprar sus monedas para que Caronte lo lleve al infierno.

Bendis se echó sobre Valentiniano. Lo agarró con fuerza y, suplicante, lo miró a los ojos y le pidió que se explicase. Valentiniano rebajó su furia y creyó conveniente decirle a su esposa, una vez más, que llevaba razón.

—Es como tú dijiste, Bendis. Ese viejo es un traidor. Él es el que delata a los pocos dacios que quedan en las montañas y en los bosques a cambio de que los romanos le perdonen la vida.

—Y a cambio también de ese *panis cibarius* que les repugnaría comer a los cerdos y de que le permitan dormir con las bestias en los establos.

—A cambio de eso traicionó a los nuestros en la guerra contra Trajano y, desde entonces, ha servido de delator a los romanos. Voy a matarlo. Tengo que matarlo, o nunca nuestros muertos encontrarán la paz.

—Serénate, amor. Si es así como dices, en absoluto es prudente empuñar la espada contra ese viejo repugnante. Sigue siendo muy útil a los romanos y si le ocurriera algo no pararían hasta dar con el responsable de su muerte o desaparición.

Valentiniano se zafó del abrazo de Bendis con dulzura. Tiró la espada contra el suelo y tomó asiento absolutamente hundido.

—Ese asqueroso viejo no puede seguir viviendo. Solo su sangre pagará la alta traición que viene perpetrando desde hace muchos años.

—Se hará, Balaur. Pero todo tiene su tiempo y su forma. Debemos hacer planes y salir de esta mentira sobre la que vivimos cuanto antes. Buscar otro sitio para vivir y soñar de verdad. Quizás antes de marcharnos Propugnator pueda sufrir una enfermedad grave o un accidente mortal...

El dacio se serenó y alabó la cordura de su esposa.

—Ya quisiera Roma que Minerva tuviera tu sabiduría. Eres el agua que apaga mi fuego.

—Si tú ardieras, sin miedo me abrasaría. Te amo tanto, Balaur...

Convinieron ambos, por la fuerza argumental de la exposición de Bendis, que la relación con Propugnator no debería verse alterada. Todo seguiría igual que siempre, como si ninguno de los dos supiera la clase de alimañas que alimentaban el alma de aquel traidor. No era necesario hacer ningún movimiento que levantara sospecha. El tiempo es el mejor arquitecto del mundo y sabe poner cada sillar en su sitio. Bendis acarició las sienes del impulsivo dacio y cerró aquel desasosegador encuentro matinal deseándole una noche mortal al viejo:

—Que los dioses le hagan soñar con un pez rojo...

—¿Qué quieres decir, Bendis?

—Acuérdate de lo que decían en Híspalis de los esclavos y de los delincuentes: que si soñaban con un pez rojo era presagio de tortura. ¿Y quieres a un delincuente mayor que Propugnator?

—Pues soñemos ambos con estrellas fugaces, que es un sueño propicio para los que están planeando un terrible crimen. También lo decían en Híspalis...

DINERO

EL SESENTA Y CINCO POR CIENTO DE LA POBLACIÓN ROMANA vivía al límite; en ese porcentaje se encontraban esclavos y libres. Vivir al límite significaba correr el riesgo cierto de morir a consecuencia de cualquier trastorno corriente y moliente, ya fuera una catástrofe natural, una plaga, hambre o cualquier otra adversidad. En realidad, aquellos desheredados consideraban el mundo imperial como algo turbulento y lleno de desigualdades. La incertidumbre era una constante en sus vidas, y su situación sociopolítica, de absoluta sumisión. Poco o nada tenían que hacer frente al recaudador de impuestos, ante el acoso de un prestamista sin escrúpulos o ante la más común y frecuente de las situaciones sociales: la indigencia. Aunque fueran libres nominalmente, en realidad no eran menos esclavos que los que lo eran. Es posible entender así que, cuando la Dacia fue conquistada por Trajano, además de las elites escogidas en Italia entre las diferentes tribus para gobernarla y reproducir el modelo social y político imperial, también arrastrara a muchos aventureros que acudieron para ver el brillo del oro de las minas de Décebaló. Se alzaron nuevas ciudades, se activó el comercio, se multiplicaron las posibilidades de escapar la pobreza con un buen golpe de suerte en una tierra llena de oportunidades. En el 123 d. C. en la Dacia se hacía dinero. Y muy lejos de allí, en las brumosas tierras de Britania, Escocia, el nuevo emperador Hadriano lo invertía en hacer una de las obras públicas más potentes del mundo: el muro.

—Dime, Bendis, ¿en qué piensas?

—En viajar. En dejar esta tierra y marchar hacia Oriente. Quizás a instalarnos en algunas de los viejos asentamientos griegos del Ponto Euxino, en el Mar Negro.

—El dinero no durará siempre.

—Pero tú puedes conseguirlo enseñando a pelear en cualquier escuela de gladiadores, Balaur.

—Aquí se mueve con rapidez el dinero, Bendis. Las minas de nuestro amado rey Decébalos siguen produciendo oro. Mucho oro. Es justo que de las tripas de nuestra tierra nos toque algo.

Bendis movió la cabeza en un medido gesto de disenso.

—Siempre con el pasado en tu frente. Esta ya no es tierra de dacios. Es Roma y les pertenece a los romanos. Ese oro sale de aquí y acaba lejos, muy lejos de la Dacia. Tenemos que ser hábiles y aprovecharnos de cualquier situación que nos presenten los romanos.

Balaur se puso en guardia, muy serio:

—No me pidas que sea Propugnator, mujer. No me insultes.

Bendis se levantó y se sentó sobre las piernas de Balaur. Continuó acariciando con ternura el rubio cabello del joven mientras le decía, suavemente, al oído:

—¿Un insulto es hacer planes de futuro? Ahí fuera las mujeres pueden ser actrices, comadronas, sacerdotisas, limpiadoras y putas. Yo hilo la lana, mantengo el hogar encendido, no te falta la comida. Pero creo que puedo ser una carga más ligera para tus hombros. Pensemos en abrir un negocio.

—¿Un negocio? ¿Tú me ves cara de tendero, de frutero, de vendedor de perfumes?

—Tú no. Pero yo sí. Y es el momento de ir pensando un buen plan.

Balaur se rascó la cabeza, confuso pero ciertamente entusiasmado. Bendis le habló:

—¿Soy una carga muy pesada para tus hombros? —le preguntó insinuante y rozando sus labios con los del dacio.

—Como una vaca gorda —le respondió él, a la vez que la cargaba sobre sus hombros y la tendía sobre la cama. Parecía que en el corazón del amargado dacio se abrían paso, con la resistencia, no obstante, que el mohó le o pone a un pestillo para que se deslice con suavidad, los dulces consejos de Venus. El amor y el dinero, si viajan juntos, son capaces de salvar cualquier muro...